



Durante unos cien minutos *¡Viva la República!* nos ofrece un análisis de la etapa seudorrepblicana, desde la conclusión de las guerras independentistas hasta los inicios de la rebelión contra la tiranía batistiana. Con una mordacidad poco habitual revela los trasfondos de la Enmienda Platt, la visa para que los norteamericanos anduviesen libre-

mente por la isla una vez que escamotean la victoria a los cubanos sobre el ejército español y hasta los excluyen del tratado de paz que firman las dos metrópolis. Las imágenes, fachosas a toda vista, aportan un significado profundo a esta mirada impresionista, que procura topar las causas o motivaciones de los acontecimientos desde lo patente, sin excluir la caracterización de este período de simulaciones, corrupción y demagogia política.

Los noticiarios que muestran a las tropas norteamericanas avanzando en Santiago de Cuba, más tarde desfilando y finalmente volviendo a circular, igual que cuando José Miguel Gómez (el Tiburón), Alfredo Zayas, Mendieta, Prío y Fulgencio Batista aparecen en actos o marchas carnavalescas, constatan la estampa real de la historia y las muchas razones que forzaron a los cubanos a prorrogar las luchas independentistas iniciadas en 1868. Significativo resulta el segmento en el que monseñor Testé detiene sus lecciones espirituales a través de la televisión para acceder al bloque publicitario dedicado al detergente Lavasol, que descubre los bastimentos comerciales y manipuladores de los medios de comunicación durante la etapa de las dictaduras.

«Me parece un formidable ejemplo de cómo extraer una provechosa lección de la realidad —escribió Eduardo Galeano—, sin desvirtuarla ni convertirla en panfleto, aunque sí en argumento de buena ley».

Justo uno de los méritos es la viveza y la palpitante actualidad que toma el pasado, particularmente en una época de golpes de estado, imperios y contiendas bélicas. Pastor Vega quiso ser consecuente con este principio y encera formas expresivas para ese tipo de análisis filmico, procurando un equilibrio entre el rigor de la exploración histórica y el lenguaje artístico. Aun cuando la fuerza de los documentos visuales supone una mirada distante u objetiva de los sucesos, adopta cierto enfoque personal, subjetivo. No solo por el tono de la narración, asumida por José Antonio Rodríguez, sino también por la propia estructura del texto. Obsérvese el uso creativo de informaciones, contrapunteos musicales, carteles o letreros que sugieren ideas con el mismo estilo irónico con que se refiere, por caso, a José Miguel Gómez: «Tiburón se bañó y salpicó, mientras descubría que el gobierno, la República y la Patria eran como un inmenso negocio particular».<sup>65</sup> La imagen de Fidel en la Sierra Maestra, canjeando su fusil de mira telescópica por un hacha, sentenciado por la tierna sonrisa de un niño, acaso es ejemplar como cierre de todo el sentido del documental.

El crítico José Antonio González alude precisamente la trascendencia de esta obra audiovisual:

*¡Viva la República!* es, sin la menor duda, un triunfo del cine cubano del rigor en el análisis y de la fresca narrativa; es además un filme tremendamente importante para las generaciones que no vivieron aquel pasado, porque estamos auxiliados para la comprensión del mismo, de imágenes que reforzarán su aprehensión total de la historia. Es, en este sentido, que *¡Viva la República!* se inserta en una intención didáctica, tanto más válida en cuanto se propone ser un ensayo histórico, utilizando recursos expresivos del cine, y lo logra a nivel de una eficaz comunicación con el público, contribuyendo a profundizar en la realidad y encontrarle facetas nuevas.<sup>66</sup>

Los críticos fueron elogiosos en el momento de preciar su enunciado —le incluyen entre los filmes más significativos del año—. El propio Santiago Álvarez confiesa en marzo de 1973 al periodista Sergó Mikoyán:

Me sorprende ante todo el que ese filme de contenido histórico-político carezca de tono moralizador. Más bien es una charla con el espectador «en pie de igualdad». Además es una charla específicamente cubana, condimentada con énfasis y humor, con ira e ironía. Diría que es una

187

CUBANO

DE CINE

AÑOS

50

<sup>65</sup> Véase: *Cine Cubano*, no. 84-85, La Habana, 1973, p. 109.

<sup>66</sup> *Ibidem*, p. 104.

charla amistosa con un correligionario a quien solamente se le hace recordar algo que posiblemente haya olvidado y con quien el autor no hace sino compartir lo visto, esto se alcanza con una adecuada selección de secuencias antiguas, y por el modo de hacer el montaje, que a los cubanos les sale magnífico, y por el texto grabado [...].

Con el paso del tiempo el efecto se hizo más penetrante. En las encuestas realizadas por el ICAIC en 1984 y 1989 para seleccionar las producciones más significativas hasta ambas fechas, es reelegido entre los diez documentales ineludibles del cine nacional. Indudablemente *¡Viva la República!* mantiene aún su vitalidad dramática, la coherencia de los textos informativos con el sentido crítico, la eficacia del diseño visual y de la música en términos dinámicos y modernos; resume como ningún otro texto en su género la historia de Cuba en primera persona.

JORGE LUIS URRA MAQUEIRA